

inútil es registrar las historias de otros pueblos antiguos ó modernos, pues no hay uno en quien no se encuentren vestigios de esta adoracion del Sér divino.

Despues no encontrareis en los tres pueblos citados sino idolatrías y abominaciones; los dioses se multiplican en las ciudades del Nilo tanto como los granos de semilla arrojados en su ribera; la estupidez del hombre no sólo adora las plantas inocentes, sino al cocodrilo carnívoro y destructor del hombre; Grecia, infatuada con las producciones de sus sábios y las victorias de sus soldados, no piensa más que en divinizar á séres mortales; tanta es su locura, que, como afirma San Lúcas, erigieron un ara al Dios que no hubiese llegado á su memoria, para que no hubiese ídolo alguno que no recibiese de ellos el mismo incienso profano; Roma, diré con San Leon, se hace dueña de todo el mundo con sus armas, y se esclaviza á sí misma, sirviendo á todos los errores de los pueblos que conquistaba; cuando el príncipe de los Apóstoles penetra en ella, no es más que un recinto de fieras; se ha olvidado la idea del Dios verdadero; se han multiplicado los númenes sensuales, y, para adorarlos, la lujuria es divinizada. ¿Qué indica todo esto, amados míos? Que la religion era necesaria á los hombres para honrar dignamente á Dios; que esta religion fuera revelada á Adan en la primera série del mundo, á Noé en la segunda, á Abraham en la tercera, á Moisés en la cuarta, y así sucesivamente en todos los tiempos que precedieron al Redentor; que esta religion revelada á los Patriarcas del género humano fué la primera en todas las naciones, las cuales, no queriendo arreglar su moral privada al dogma de la adoracion en espíritu y verdad, sino dar pábulo á las pasiones, fueron abandonando las tradiciones de sus padres; generalizada esta corrupcion, se perdió tambien la moralidad pública, desapareció hasta el pudor, y entónces hasta el obsceno Baco y la lúbrica

Vénus fueron colocados en las aras. Esta religion, que da vida al entendimiento, que engrandece al hombre y le es tan necesaria para alimentar su alma, es la que Dios ha confirmado con la venida de su Hijo de un modo sensible y amoroso; pero no es otra que la que descubriera á Adan en el Eden; la misma que, olvidada de los hombres, fué publicada solemnemente en el Sináí; la misma que Dios escribió entónces en tablas de piedra, para escribirla más tarde en nuestros corazones, haciéndonos la gracia inestimable de llamarnos, no sólo á adorarle con pureza y sinceridad, sino á ser partícipes de su naturaleza divina. Ved, amados míos, si Dios ha sido bueno para con nosotros; ved si nosotros somos ingratos hácia su bondad; ved cuán necesaria es la religion para adorar á Dios.

Si la absoluta soberanía de Dios exige que el hombre le adore con la religion que el mismo Dios le ha revelado, no es ménos imperiosa la necesidad de la revelacion por parte del sér racional; es éste un ente perfectible, cuyo entendimiento recibió una llaga profunda al poco de haber salido de la nada. ¿Cómo podrá remontar á la sublime posicion que tuviera en la inocencia? ¿Cómo adquirirá la nobleza primitiva de su origen? Por medio de la religion; en vano buscaremos otra escala por donde enaltecernos, que sólo la encontraremos en la religion. En ella todo conduce al bien, todo inspira virtud; sus leyes, consejos y promesas no pueden ménos de engendrar en el hombre la perfeccion; ella, sin rodeos ni adulacion, pone en claro al hombre su debilidad é inconstancia naturales, las tinieblas de su razon y la perversidad de sus inclinaciones, para que aprenda á reprimirlas; aquí él representa la grandeza de sus destinos, la nobleza de su origen, los encantos de la virtud, los goces inefables de la eterna mansion, para animar su pusilanimidad, para excitar en él deseos de la dicha verdadera; allí le dice

que es hijo del Rey de los siglos, que éste es el tipo en que ha de modelar sus acciones, que Dios es su Padre, y es gloria suya el asemejarse á Él en la santidad; que miles de millones de hermanos le esperan en la pátria celestial, deseosos de verlo entrar por las puertas de la Jerusalem soberana, para recibirlo con aplausos inmortales; le asegura que en el combate del mundo no está entregado á sí mismo, sino que pelea á su lado Dios con su gracia y los ángeles, á quienes ha cometido el cielo su custodia, miéntras sus hermanos, ya dichosos, ruegan por él sin cesar para que alcance victoria. «Inútilmente, le dice, buscarás en tí mismo la sabiduría, que no encontrarás sino ignorancia y corrupcion; en vano irás tras de los objetos visibles, buscando la dicha, que no darás con ella, porque la tierra es un destierro: cuanto brilla en ella, tronos, cetros, coronas, tiaras, tesoros, honores, hermosura, no son más que apariencias; los que las llevan no pasan de ser hombres caducos; en vano querrás satisfacer tus deseos en el oro y los placeres, que jamás verás llenos tus deseos.»

Hé aquí, amados míos, un lenguaje noble, capaz de comunicar á nuestro espíritu una perfeccion angelical. El universo todo está bajo los piés del hombre, no teniendo éste sobre sí sino á Dios, como á su Padre y Criador. ¡Oh qué grandeza de alma debe salir de este solo pensamiento! ¿Y habrá quien sea bueno sin ficcion, generoso sin interés, amigo de la verdad, dueño de sus deseos, que no deba estas virtudes á esta idea? ¿Podrá nuestro espíritu dominar los sentidos, la equidad y justicia á las riquezas, la humildad y modestia al saber, ennobleciendo más y más las mismas grandezas por referirlas todas á Dios, como á su fuente y origen, sin ser uno discípulo de Jesucristo? No; el mundo tambien presume de tener hombres sábios: los tuvo el paganismo, los tuvo la herejía, los tuvo la incredulidad, los tiene el racionalismo;

pero, ¿qué sábios son éstos? Hombres que creían que debían á sí mismos los pocos conocimientos que tuvieran; hombres orgullosos, inflados, sin misericordia, sin fé pública, mendaces, amantes de sí mismos, como los describe San Pablo; fueron sábios, pero sábios carnales y voluptuosos; sábios sin principios y sin objetos; sábios... ¡Ah! Voy á describirlos con las mismas palabras de un incrédulo: «Consúltense los libros de estos sábios, dice el filósofo de Ginebra, y en sus opiniones los vereis altivos, afirmativos y áun dogmáticos en su escepticismo; nada ignoran, nada prueban, se burlan unos de otros, único punto en que tienen razon; triunfantes cuando atacan, no tienen valor para defenderse; si se pesan sus razones, no valen más que para destruir; si contais sus pareceres, cada uno está reducido al suyo.» Esto decia aquel filósofo del siglo pasado, que hubiera querido sorberse la sangre de aquel otro su rival, que sembraba en la tierra las doctrinas que han alterado la paz y dicha del mundo. ¿Quién no lo advierte? Ni los sábios paganos, ni los herejes, ni los incrédulos, ni los racionalistas, han estado jamás acordes en sus doctrinas; toda su vida ha sido una cadena de animosidades; cada cuál ha tenido su opinion y ha querido que prevaleciese, llenando de denuestos al contrario, tratándolo de ignorante, de estúpido, de irracional. Leed la historia, y vereis que no me dejarán mentir ni Simon Mago, ni Pelagio, ni Prisciliano, ni Berengario, ni Lutero, ni Calvino, ni Quesnel, ni Servet, ni tanto materialista, deísta é incrédulo como ha habido despues, los que no quiero nombrar, por no profanar el lugar sagrado donde me encuentro.

Entre tanto, permitidme hacer una observacion racional y justa. Mirad esa turba innumerable de doctores, de jurisconsultos, de filósofos, de historiadores, de moralistas, de legisladores y teólogos; es un ejército que marcha en batalla, saliendo al frente al enemigo, sin de-

clinar á derecha ni izquierda. ¡Qué uniformidad! ¡Qué orden! ¡Qué union! Hay en sus filas hombres de todas las naciones: palestinos, asirios, africanos, asiáticos, europeos, de climas abrasadores, de zonas heladas; todos siguen una bandera, todos profesan una doctrina; jamás se han contradicho; sesenta siglos há están hablando y escribiendo; han palidecido al frente suyo mil sectas, han sido confundidos millares de filósofos, sin que haya entrado jamás en su formidable cuadro ni la más pequeña desunion en dogma ni en moral. ¿Quiénes son estos sábios? Los Santos Padres, precedidos de los Apóstoles; los Apóstoles, precedidos por los Profetas; los Profetas, precedidos por los Patriarcas; los Patriarcas, precedidos por Dios; lo mismo enseña Moisés que David; lo mismo anuncia Jacob que Malaquías; lo mismo dice Pedro que los Ireneos y Crisóstomos; lo mismo predica Pablo que los Agustinos y los Aquinos; lo mismo enseña Gregorio el Grande que Gregorio XVI; lo mismo Pio de Aquileya que Pio IX: ¿quién se atreverá á disputarles la ciencia y el saber? ¿Quién les negará esa erudicion profunda, uniforme, constante, con que han ilustrado á la humanidad? Sin embargo, todos son modestos y humildes, porque todos tienen á Jesus por modelo de sabiduría; á Jesus, que supo y enseñó á unir la más profunda humildad á las más sublimes perfecciones en el entendimiento.

Han pretendido los incrédulos que las máximas de esta Religion eran demasiado sublimes, que sus dogmas no son inteligibles, que su moral no es practicable; pero esto, amados míos, no es más que un elogio que á pesar suyo tributa la impiedad á la Religion. ¡Qué mayor gloria para ésta que la de hacer al hombre más puro, más honesto, más justo, más caritativo, á medida que éste sigue sus preceptos con más escrupulosidad! ¡Qué mayor prueba de la perfeccion que nos da que el ver que al

paso que el hombre abandona la Religion, va criando un corazon duro, una alma innoble, un espíritu inhumano é insensible! Echan en cara los filósofos á la Religion que su moral no es conforme á nuestra debilidad. ¡Almas abyectas! ¡Qué! ¡Vosotros quisiérais un Evangelio sensual, una ley que os permitiese la licencia de vuestras orgías, que no os aterrara con las penas eternas! ¿Conque en realidad no es la oscuridad de los misterios la que os impide el ser creyentes, sino la pureza de su moral? ¡Oh Religion santa! Alábenle los cielos y la tierra; no se os puede acusar sino de exceso de santidad y de perfeccion; pero ¡dichoso exceso, que con la gracia lo has hecho tan accesible á todo sexo, edad, estado y condición de la vida humana! ¡Dichoso exceso, que en todos los climas del mundo ha elevado los hombres á una perfeccion envidiada de los ángeles!

Mas ¿qué efecto ha producido entre los hombres este exceso de santidad de que inculpa á la Religion el racionalista? ¡Ah! coordinar la sociedad, declararse la protectora de los derechos del hombre, y garantizárselos de un modo estable y eterno. No hagas á nadie lo que no quieras se haga á tí mismo, dice á todo hombre esta Religion divina; no vuelvas mal por mal, sino haz beneficios á los que te han agraviado; ama á tus enemigos y ruega á Dios por los que te persiguen y atribulan. Jóvenes, respetad la blanca cabellera, y no habéis mucho en presencia de un anciano: hijos, honrad á vuestros padres para que vivais largos años sobre la tierra; padres, enseñad á vuestros hijos la disciplina y correccion del Señor; no les concedais salir con sus gustos en los dias de su mocedad y niñez, para que no os hagan llorar en vuestra senectud; maridos, amad á vuestras mujeres y no seais para con ellas rígidos y malhumorados. Esposas, sujetaos por amor al que os ha escogido por compañeras, para que viendo vuestros esposos vuestra vida casta, los

ganeis y traigais al partido de la verdad, si acaso se hallan separados de ella. Siervos, obedeced á vuestros amos con temor, en simplicidad de corazon, como al mismo Cristo; no les sirvais porque os miran, como si debiérais agradar á ellos solamente, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios, sirviendo con gusto, no como quien sirve á hombres, sino á Dios. Amos, conducíos del mismo modo con vuestros criados, perdonándoles las amenazas, pues sabeis que vive en los cielos el que es Señor de vosotros y de vuestros siervos, sin excepcion de personas. Magistrado, no desprecies al pobre ni consideres al rico; no cometas iniquidad, mas haz justicia á tu prójimo. Reyes, cuando tomeis posesion de vuestro solio, tened al frente el libro de la ley, para que guardéis inviolablemente sus preceptos y ceremonias, y aprendais á temer á Dios. Obrad con justicia, librando al oprimido de manos del prepotente calumniador. Pueblos, no murmureis de vuestros Reyes, ni maldigais á los príncipes; dad á cada uno lo que le pertenece; á quien tributo, tributo; á quien temor, temor; á quien honor, honor; no hay potestad que no venga de Dios, y el que las desobedece, desobedece al mismo Dios; mirad que lleva la espada, como ministro de Dios, para castigar al malo y premiar al bueno; obedecedle y respetadle, no por temor solamente, sino por deber de conciencia. Hombres todos, amaos todos como Dios os amó; sea el emblema de vuestra sociedad el amor fraternal; si veis al desnudo, cubridlo, pues es vuestro hermano; si al pobre y hambriento, partid con él vuestro pan.

Hé aquí, señores, las máximas saludables de la Religion; máximas que jamás pudo inspirar la filosofía; máximas que no han sido capaces de practicar los filósofos, áun despues de haber confesado su santidad y pureza. Ordenada una sociedad con estas leyes, ¿podrán introducirse en ella la violencia, el desórden, la rebelion, el fra-

tricidio? ¿Habrá tiranos que hagan respetar con las armas hasta sus mismos crímenes, que abusen de la autoridad y condenen arbitrariamente al inocente ó al culpado? Con estas leyes, ¿se verán asonadas tumultuosas de inferiores contra superiores, guerras civiles, asesinatos, raptos, incendios, violaciones y rios de sangre? Rigiendo estos principios, ¿hallareis acaso padres indolentes, esposas infieles, hijos desnaturalizados, jóvenes descomedidos, magistrados venales, comerciantes monopolistas, traficantes usureros, sacerdotes indiferentes, domésticos taimados, amos sin piedad? No; la filosofía conoció muy bien los efectos que la Religion causa en la sociedad, y para amotinar á los pueblos, para desmoralizarlos, tan pronto dijo que la historia de la Religion no era más que un poema épico, tan pronto que tenía algo de verdad y mucho de fábulas; aquí elevó el poder de los Príncipes hasta las estrellas, para excitar ideas de rebelion; allí enalteció las prerogativas de las masas, para alzarlas con puñal en mano contra la autoridad; en otra parte afirma que el sacerdocio no es más que un oficio lucrativo; que la Religion pretende esclavizar al entendimiento, que le corta las alas, que reprime sus progresos, que... pero ¿quién es capaz de referir las máximas subversivas que ha inventado la impiedad para trastornar el órden social y atraer sobre la tierra esa desunion que reina hoy entre los reinos, entre las provincias, entre las ciudades y áun entre los individuos de una misma familia?

Si la Religion con sus leyes no coordina la sociedad, ni defiende los derechos humanos, ni establece la dicha en las familias, ni es el firme garante de la vida social, yo preguntaré á esos filosofastros inconsecuentes: ¿por qué, cuando quieren tomar un criado, escogen al fiel y dejan al infiel, buscan al obediente y desechan al altanero? ¿Por qué, cuando pretenden enlazarse con una doncella, exa-

minan su vida y quieren que sea honesta, recatada y fiel? ¿Por qué, cuando tienen un litigio, no quieren caer en manos de un juez venal, injusto y arbitrario? ¿Por qué no quieren vivir entre pueblos revoltosos, amantes del latrocinio y de la ociosidad? ¿Por qué, por fin, dijo el filósofo de Ferney que si se viese precisado á habitar en un país de ateos, construiría una choza para habitar entre tigres? Pues bien; vosotros mismos confesais que es necesaria la Religion para el buen orden de la sociedad. Sólo la Religion contiene al hombre en su deber, porque ésta le presenta siempre la existencia de un Juez inexorable de sus acciones, á cuyas miradas nada se esconde. Tomad, si no, por esposa á una mujer sin Religion, y tan pronto como os ausenteis de vuestro hogar, será contaminado vuestro tálamo; traed á vuestra casa un doméstico filósofo, y vereis muy pronto arruinada vuestra fortuna; enseñad á vuestros hijos á reirse de los dogmas, como de preocupaciones anticuadas, y algun dia clavarán en vuestro pecho un hierro parricida.

Concluyamos, pues, amados míos, que la naturaleza del hombre está reclamando la Religion, como el único sustento del alma racional, como el medio de adorar al Sér divino conforme lo exige su santidad infinita, como el camino de perfeccion para el entendimiento herido por el pecado, y como el sosten de la sociedad humana. Esta verdad no necesita de nuevas demostraciones, pues hace muchísimos siglos que la están predicando los más sábios de los hombres, y la han visto realizada en su seno por algunas centurias muchos pueblos de la tierra; yo no he hecho más que referir los argumentos de hombres reconocidos por sábios aun por los hombres más fanatizados en el error de las sectas.

Ahora sólo debo haceros una pregunta: si nuestra alma no puede ser eternamente feliz sin ser fiel en las creencias; si no entraremos en el paraiso del cielo si no

adoramos á Dios segun Él nos lo exige; si aún en este mundo no podemos tener una perfeccion verdadera ni una dicha sólida no ateniéndonos á los dogmas de la Religion; si conocemos que esto es una verdad infalible, ¿cómo somos tan inconsecuentes? ¿Cómo nos llamamos cristianos y vivimos como ateos? ¡Ah! Creemos en la Religion y en sus dogmas, pero no queremos observar su moral; esa moral purísima que nos prohíbe las avaricias, las usuras, los monopolios, la inhumanidad, las lujurias, las concurrencias á espectáculos profanos; esa moral que nos manda la represion de las pasiones, el perdon de las injurias y la mortificacion de los sentidos; es decir, en dos palabras, que quisiéramos que hubiese un Dios amable con un cielo de delicias eternas pero no un Dios justo, una eternidad de tormentos, un infierno sin fin; si ésta fuese la religion, el primer impío estaría todavía por nacer; porque un hombre justo y caritativo, un hombre que no ofende á Dios ni al prójimo, ¿qué interés tiene en negar la existencia de un Dios severo y justo? Ninguno; esto sólo interesa al hereje, al filósofo, al libertino, para no tener quien les perturbe en sus aberraciones y sensualidades.

Confesemos, pues, que somos ingratos al cielo; arrojémonos á los piés de este Dios de amor. ¡Ah! Yo le oigo decir en este momento: «¿Qué más he podido hacer por mi viña que no lo haya hecho? ¿Qué más quereis de Mí? ¡Oh hombres! Yo era feliz en Mí mismo, y quise que vosotros lo fuérais tambien; para que lo fuérais en este mundo, desarrollé mi omnipotencia, os preparé luces en los cielos, frutos, animales, riquezas en la tierra; para que lo fuérais en el otro, os dí una alma racional é inmortal que pudiese conocerme y amarme. Esta alma se perdía para siempre, y bajé del cielo á la tierra, me hice semejante á vosotros, tomé un cuerpo mortal, padecí y espiré en una Cruz. ¿Qué más podeis pedirme? ¡Qué!

¿Quereis ser malos porque Yo soy demasiado bueno?
 ¿Quereis ser desgraciados, pudiendo ser dichosos? ¿Que-
 reis adorar la carne, el mundo, que nada os pueden dar,
 despreciándome á Mí, que os doy, no sólo cuanto he
 criado, sino á Mí mismo? ¿Elegís ser esclavos de Satanás
 por la culpa, pudiendo ser mis hijos con la gracia? ¡Cruel-
 les! ¡Mirad por vosotros mismos! ¡Inconsecuentes! ¡Po-
 ned en armonía vuestra razon y vuestras obras! ¡Ingra-
 tos! No maltrateis á vuestro Padre y Bienhechor.» ¿Qué
 responderemos á unas quejas tan justas? ¿Qué á unos
 avisos tan amorosos? ¡Ah! Respondamos con David : *Pec-
 cavi, Domine* : hemos pecado contra el Señor; hemos ul-
 trajado á nuestro padre y hermano; hemos sido tan in-
 sensatos, que hemos preferido el inmundo estiércol del
 pecado al riquísimo oro de la amistad divina. Lo cono-
 cemos, Señor, y este conocimiento hiende nuestros co-
 razones y los ablanda como una cera: imprimid, pues, en
 ellos el indeleble sello de vuestro amor; dadnos un vivo
 dolor de haberos ofendido; confesamos nuestra ingrati-
 tud, y os pedimos perdon. *Señor mio Jesucristo*, etc.

SERMON MORAL.

DIOS DA LA FÉ Á LOS HOMBRES PARA QUE VIVAN SEGUN

ELLA, Y SE LA QUITA CUANDO NO CORRESPONDE Á SUS LUCES.

(PARA EL VIÉRNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.)

Auferetur a vobis regnum Dei.

(MATHEI, cap. XXI, vers. 43.)

La racionalidad, la espiritualidad y la inmortalidad del alma son tres predicados de tanta conexion entre sí, que, destruido uno, quedan aniquilados los otros, y reducida á la nada la esencia de la misma alma; y las verdades eternas á cuyo conocimiento llega el espíritu humano mediante sus facultades intelectuales, guardan con tanta semejanza la misma proporción, que, admitidas unas, es indispensable conocerlas todas, siguiéndose á la destruccion de una la aniquilacion de las demás. Como racional, al considerar los objetos terrenos echa de ver que cuanto hay en el globo es inferior á sí misma, y que es dueña de disponer de todos los seres animados, excepto uno, que se le asemeja en todo y á quien no puede hacer, sin ser criminal, lo que no quiere para sí; y al contemplar los celestiales, no puede ménos de tropezar en esa admirable bóveda y oír su lenguaje mudo, pero